

## Visión mexicana del 98

*Salvador E. Morales Pérez*

En la política exterior de México, desde el extremo de su independencia, las ambiciones de Estados Unidos acerca de la isla de Cuba tuvieron un lugar de suma importancia. La morfología geográfica del litoral oriental de lo que fue la Nueva España, donde se hallan los principales puertos del país, podría ser bloqueada fácilmente por quienes dominasen los estrechos de la Florida y de Yucatán. De ahí la expresión cargada de significación geopolítica de que la isla de Cuba era la «llave del Golfo». Cuando a comienzos del siglo XIX Estados Unidos se apoderó de la península floridana, un elemento más vino a incidir en el espacio compartido por México y Cuba. Junto al «espacio geográfico» que enlaza a Cuba con México, integrado al trasfondo natural, está el espacio histórico, tejido durante siglos de relaciones navieras, mercantiles, humanas, culturales, etc.

La tendencia expansionista de la república angloamericana, revelada prematuramente, no sólo fue un foco de preocupaciones para los operadores de la política exterior de la flamante república mexicana, sino un punto de partida para la elaboración de una concepción acerca de los destinos de Cuba.

En estado de conflictividad con España hasta el acuerdo de 1836, la primera opción que se planteó al nuevo estado mexicano fue llevar la guerra a la isla, contribuir a su independencia y en caso de que los cubanos lo quisiesen (los cubanos blancos poseedores, naturalmente) anexas, más bien unir, la isla a la república mexicana. La obra de Luis Chávez Orozco es bien ilustrativa de las intrigas europeas y estadounidenses que suscita el proyecto defensivo del México postcolonial. Sumido en sus dificultades internas por la construcción de un estado nacional republicano, perdido el impulso independentista, México tuvo que conformarse en ser una pieza de la política de pesos y contrapesos de las potencias mayores en el área del Caribe. Potencias que incidían, influían y minaban en su proyecto los dramáticos reacomodos internos de la incipiente nacionalidad mexicana en gestación. Paralelamente, los trastornos en las relaciones con el vecino

americano angloparlante fueron creciendo y multiplicándose, lo cual dio origen a choques de diverso orden, llegando a la guerra traumática y mutiladora de 1848 que incidiría notablemente en la formulación de una mentalidad geopolítica teñida de un fuerte temor fatalista. Ciertamente, la vulnerable frontera se extendió inmensamente desde el golfo de México hasta el Pacífico. Estados Unidos vino a ser el adversario potencial más importante para la república de México, pero también el socio comercial más relevante. De ahí que la preocupación por el flanco estratégico caribeño aumentase considerablemente.

La correlación de fuerzas gravitantes en el espacio cubano-mexicano, trazada esquemáticamente, constituye un escenario general básico para acercarse al reflejo de las guerras independentistas de Cuba en las representaciones políticas de las clases dominantes en el México decimonónico; pero también, tomar en consideración la imagen de los esfuerzos patrióticos cubanos y la significación de una Cuba independiente para la sociedad civil mexicana. Sin ese fondo alternativo de simpatías ideopolíticas y culturales no se puede apreciar totalmente la resultante, como contrapeso a las conveniencias económicas y de Estado. Ante este conjunto de elementos condicionadores para los gobiernos mexicanos se abrieron tres opciones visibles a lo largo del siglo XIX: 1) Apoyar la lucha de los cubanos por su independencia. 2) Propiciar, fomentar y llevar a cabo la anexión de Cuba a la República Mexicana con la aquiescencia de los cubanos. 3) Aprovechar el *status quo* colonial en Cuba en beneficio de un balance de fuerzas en el Caribe que contrarrestase la presión de Estados Unidos en el Caribe.

Los partidarios de una Cuba independiente siempre fueron mayoría fuera de las obligaciones de gobierno, a excepción de los primeros tiempos en que el propio presidente Guadalupe Victoria fue impulsor de trabajos conspiratorios de los exiliados cubanos. El caso de Benito Juárez, de indudable identificación con los patriotas cubanos, tiene rasgos diferentes y estuvo rodeado de condiciones que atenuaron sus inclinaciones en esa dirección. Así, la autorización presidencial de abrir los puertos mexicanos a las embarcaciones de los independentistas de la isla no llegó a constituirse en un factor de cooperación real. La alternativa anexionista se movió en tres ocasiones. Una de manera opcional en los proyectos de Lucas Alamán y Antonio López de Santa Anna; otras, durante la primera guerra de liberación cubana, 1868-78, de modo periodístico y de poca importancia práctica, y finalmente durante el período de 1895-98, de manera oficiosa y públicamente fundamentada.

La mayor parte de los gobiernos desde 1836 en adelante respetaron el *status* colonial de la isla como lo más conveniente para el equilibrio de pode-

res en el área de seguridad mexicana. En la sociedad mexicana no tenía partidarios la apropiación, por cualquiera de las formas de subordinación al uso, del territorio de Cuba por parte de Estados Unidos. En este aspecto, salvo algún caso raro que pueda aparecer, había unanimidad en todo el espectro político social del país. Al estallar el 24 de febrero de 1895 la insurrección armada preparada por José Martí y el Partido Revolucionario Cubano la coyuntura histórica del espacio estudiado había asumido el conjunto de caracteres específicos que le daban al conflicto actuante y a las latentes nuevas, perspectivas para replantear las tácticas y estrategias a seguir en el campo de las relaciones internacionales.

Yendo esta vez de lo general a lo particular en el espacio geohistórico que involucra al oriente americano, el Caribe y el Golfo de México y a una parte más occidental de Europa, tenemos ante nosotros el escenario de una nueva etapa de globalización dinamizada por el desarrollo del capitalismo industrial. Nuevas tecnologías en el terreno de la producción fabril y agrícola, en las comunicaciones y en el transporte, nuevos hábitos de consumo y de disciplina laboral y social, y nuevas y más intensas manifestaciones de la lucha social, no sólo contribuían a reedificar los espacios sino a darles contenidos cargados de perspectivas inéditas para la historia universal en conformación. Dentro de ese cuadro general se desarrolla el proceso de «modernización» y de refuncionalización de los vínculos de dependencia entre los centros industriales y la periferia suministradora de materias primas y consumidora de productos manufacturados. Es un momento de tensiones, de feroz competencia mercantil, de pugnas por territorios de influencia, abastecimiento y consumo, de proyección de bloques, de auge en los precios de los productos primarios, de debates entre proteccionismo y libre comercio, entre el patrón oro y el de plata (bimetalismo), es momento de fortalecimientos nacionales y de emergencia imperialista, pero también escenario de nuevos sujetos sociales que reclaman mejores condiciones de existencia, igualdad, libertades: trabajadores, mujeres, pueblos en formación, etc.

En ese macroescenario los sujetos históricos que convergen al calor de la lucha cubana por la independencia atraviesan por contradictorias circunstancias:

— **Cuba:** Está en una fase más avanzada en el proceso de integración nacional; la democratización del país es una tendencia irreversible; los negros y los mulatos pelean por la igualdad de derechos; los trabajadores se organizan y los hacendados azucareros, después de una ligera modernización de su planta productiva, tienen puesto el ojo económico en Estados Unidos, principal consumidor del azúcar y el tabaco; la condición colonial